

jornal proporcionado a la renta del capital, o cuando tiene participación remuneradora en las ganancias.

10°—Ningún ser humano debe padecer hambre, a no ser por culpa suya, pues la Tierra es de todos los hombres; y puesto que la trabajan en sus múltiples aspectos: agrícola, industrial, comercial, intelectual y artístico, todos han de disfrutar de sus productos.

La locura y el curanderismo

El amigo García Mercadal, sutilísimo glosador de lo campoamoriano, que ha sabido mostrar todos los matices de las flores y todos los aromas de las rosas, toda la intención de los pistilos y toda la malicia de los estambres del frondoso *jardín de las doloras*, a los que no saben oler más allá de sus narices ni mirar más allá de sus pestañas, me invita a que discurra sobre las cuartillas, apropósito de las cinco palabras que sirven de epígrafe a este artículo, y yo dejo a la pluma que discurra, llevando a sus puntos los recuerdos de mi vida profesional, mientras mi discurrir se fija en este o en otro enfermo y en tal o cual doctor de los que constituyen lo actual del tema.

Porque no son sólo los curanderos los que hacen curanderismo.

Ni es sólo la locura la que puede beneficiarse de aquello. Aun cuando sólo por no estar bien de la cabeza se explica que exista quien de buena fe se haga sacerdote de aquellas prácticas y quien sinceramente se someta a ellas.

El que pretende curar *gracias a sus gracias*, sin estudios ni ciencia, ni arte de ningún género, sólo por su habilidad manual o por su poder misterioso, o es un loco o es un pillo.

Y lo mismo, el que dice haberse curado de tal o cual padecimiento, merced a la ciencia infusa de un curandero, o es un tonto o es un *gancho*.

Loco o pillo aquél, porque en su delirio de grandeza se cree dotado de una virtud milagrosa, o en su deseo de ganancias no perdona medio de adquirirlas.

Tonto o *gancho* éste, porque en las ilusiones de su estultez se estimó enfermo estando sano y se supuso sano estando enfermo, o teniéndole sin cuidado la enfermedad ajena y aun la propia, busca una *comisión* por el reclamo de su cura maravillosa. Y bien, si nosotros pensamos que lo *amoral* entra dentro de la *insania*, ganchos y pillos son tan locos como los tontos, los ilusos y los alucinados, por lo cual nada se encuentra en el curanderismo que esté fuera de la locura.

El curanderismo puede dividirse en médico y en quirúrgico. Aquél es el que se emplea para combatir las enfermedades por medio de *medicinas*. Este es el que se usa para combatir las afecciones por medio de maniobras.

Entre los primeros recuerdo dos casos interesantísimos: el de mister Sequa y el del cura de Senés.

Aquel era un señor gordo, rubio, de rizada melena rojiza, que, recorriendo España con dos productos farmacéuticos, se intitulaba inglés, y sentó sus reales en Zaragoza, *actuando* en la plaza de la Constitución ante las mismas narices del gobernador civil y junto a la casa donde yo vivía entonces. Llevaba el bueno de Sequa o Siqua un uniforme parecido al de Curro Vargas, y se mostraba al numeroso y selectísimo público en una carroza especialmente acondicionada para que dentro de ella cupiesen con holgura, aparte de su persona y de sus medicamentos, un enfermo, una murga y un intérprete.

El curandero hablaba inglés, como cosa de medio minuto, y el intérprete traducía aquellas palabras de bíblica concisión en un discurso de tres cuartos de hora, que comenzaba siempre del mismo modo.

El señor *Siqua* dice: y aquí endilgaba una de palos a la medicina clásica y a la ciencia y el arte de Esculapio, *echando* en seguida a vender unos tarros con pomada y otros frascos con elixir, que se vendían como pan bendito entre aquella muchedumbre abigarrada, donde se adivinaban fajines de general, togas de magistrado, sotanas de morado o rojizo botón, bastones de autoridad, y hasta vuelillos de catedrático, entremezclados con lo más rancio de nuestra aristocracia, lo más adinerado de nuestro comercio, lo más excelso de nuestra industria, lo más egregio de nuestros artistas, lo más florido de nuestros literatos, y, ni que decirse tiene, lo mejor de nuestros políticos y de nuestros sociólogos, quienes daban tono y motivo de distinción al inmenso protoplasma de asistentes, fregatrices, palurdos, hampones y golfos de Zaragoza.

Aquellos *pomos* llenos de jugo de adormidera mejor o peor manipulado, costaron la vida a más de una docena de imbéciles, los cuales murieron tranquilos porque no fenecieron a manos del médico aunque fueron médicos los que certificaron su defunción, y el grande, el inmenso, el colosal Siqua se llevó de Zaragoza entre el dinero que caía en su carroza, el que llovía en el hotel donde se hospedaba, y el que depositaban en la tiendecita de la calle de San Gil donde había siempre una cola inmensa, (toda ella formada de gente *arrimada a la cola* como es natural), la enorme cantidad de *sesenta mil duros*.

Del cura de Senés debo hablar con más respeto; no sólo por su condición sacerdotal y porque jamás hizo daño con sus remedios, limitándose a prescribir glóbulos homeopáticos, sino porque, gravemente enfermo, recurrió a mi pobre ciencia para aliviarse de su padecer.

Durante cuatro o cinco meses salían de Zaragoza todos los ómnibus y muchos carruajes, algunos blasonados, con dirección al Arrabal, en cuya estación volcaban el rebaño humano que, precipitándose en los trenes de Barcelona, salía de ellos al llegar a Tardienta. Allí lo tomaban otros vehículos para dejarlo en la Meca de la salud, en el pueblecito de Senés, pequeño lugar de la provincia de Huesca, donde aquel buen señor (con *s* minúscula), daba vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los parálíticos, y no resucitaba a los muertos porque los cadáveres no pueden viajar si no están embalsamados, y era ya demasiada virtud la que había de suponer el hecho

de hacer vivir a seres que llevaban en sus venas cloruro de zinc o sublimado corrosivo, en vez de sangre.

Y para que se vea a qué punto llega la obcecación y testarudez de las víctimas del curanderismo, y hasta qué extremo prefieren ser mártires que confesores, citaré el ejemplo de un *senesiano*, abogado con ejercicio que perteneció a la carrera judicial y conocidísimo en Zaragoza, el cual, casi ciego por una miopía progresiva, fué el Vori-shoffen español, vulgo *Senés*, atraído por aquella fama extraordinaria. Al mes de su regreso del pueblecillo *tropecé*, así como sueña, tropecé con él en los porches, pues yo iba distraído y él aun cuando miraba no veía. Preguntele por los progresos de su curación, y como de los ojos no podía contarme nada nuevo porque evidentemente iba de mal en peor, según podía deducirse del encontronazo que conmigo tuvo, me contestó que digería perfectamente y que desde que fué a *Senés* todo lo que comía le sentaba bien. Lo gracioso del caso es que siempre había tenido un estómago envidiable y que jamás se había quejado ni del estómago ni del intestino.

Es decir, que aun cuando el pobrecito ciego había ido al cura para aliviarse de la vista, de la cual se encontraba peor, después de la consulta *senesca*, no sólo no atribuía la peoría de sus ojos a los remedios del sacerdote, en lo cual hacía bien, porque eran los progresos de su miopía lo que le cegaba, sino que estimaba poco menos que milagroso el hecho de que no se le hubiera estropeado el estómago con los menjerges homeopáticos.

Los curanderos quirúrgicos son los más afamados: heredan de sus padres y abuelos la habilidad manual para poner-pilmas, reducir fracturas, encajar huesos salidos de su sitio, y desfacer entuertos de mayor importancia, constituyendo familias como la de los Asclepiades clásica, cuya fama envidiaría el propio padre de la Medicina. Cierto que muchas veces con la pilma se llevan la piel y dejan el sitio de la aplicación convertido en una llaga; verdad también que en muchos casos de fractura en vez de hacer de dos trozos de hueso uno, hacen de cada trozo tres o cuatro y que al reducir una dislocación someten al mísero enfermo a maniobras y sufrimientos inquisitoriales; pero como al fin y al cabo no son hombres de carrera, un acierto de ellos es más meritorio que mil aciertos del cirujano, porque la ciencia está en acertar sin ciencia alguna. Por eso, para estas gentes que constituyen la clientela de los curanderos, no tiene nada de particular que Maura, por ejemplo, pronuncie en las Cortes un discurso elocuentísimo; lo verdaderamente notable y digno de loa sería que Machaquito arrastrase a las mayorías parlamentarias con su oratoria soberana, mientras don Antonio hacía la suerte de don Tancredo en la plaza de toros. Esto sería lo aplaudible y lo paradójico porque en este país de las viceversas todo lo *vicevercesco* ha tenido, tiene y tendrá siempre un éxito grande. Lo natural nos repugna, y a nuestra inteligencia de chimpancé no sorprende más que lo que está fuera de la naturaleza, bien lo contranatural como lo ya citado, bien lo sobrenatural como lo que voy a citar.

Porque aparte de aquella división del curanderismo en médico y quirúrgico, podemos hacer otra división en común o corriente y extraordinario y misterioso. Vulgarísimo es curar con las manos o con los piés o con medicamentos confeccionados con las primeras y discurredos con los segundos, y por eso sin duda los curanderos de las clases mencionadas no tienen la fama ni la reputación de aquellos otros curanderos que con palabras mágicas, gestos misteriosos, posturas académicas y actos extravagantes, realizan curaciones en nada comparables a las que consiguen o pretenden conseguir los médicos y cirujanos de todo el mundo.

Desde madame de Thebes hasta la María Borobia, célebre encartada en el horrible crimen llamado de Conesa, son infinitas en número y muy diferente en categoría las hechiceras, brujas, magos y saludadores que entendiéndoselas directamente con los espíritus, concedoras del maleficio y maestras en el sortilegio, llaman a todos los padecimientos *mal de ojo*—aun cuando no se trate de *orzuelos* ni de *almorranas*—y *ayentan a los enemigos*, desencantando a los poseídos por los *malos espíritus* con oraciones, ofrendas, ritos, grigrís, talismanes y amuletos, entonando la eterna *buenaventura* cuyas primeras salmodias se remontan a los patagones y a los thebas, y cuyos últimos compases tardarán muchos siglos a desaparecer entre los hijos de nuestra madre patria, que es como si dijéramos nuestra madre *Seigel*.

En este punto del curanderismo misterioso rayan a gran altura los sonámbulos, los mediums y las gitanas, y aunque la clientela que a ellos acude es por demás complicada y numerosa, lo que más en ella abunda es el grupo de enfermos mentales, los tristes, los melancólicos, los ambiciosos, los descontentos, los afligidos, los no comprendidos, los descentrados, en fin. Estos desgraciados se prestan a las mayores estravagancias para conseguir consuelo a sus tribulaciones, luz para la sombra de su espíritu, fortuna para su indigencia, correspondencia en sus amorosos empeños, y es de ver los *untos* con que embadurnan el cutis de sus cuerpos, los asquerosos líquidos que beben, tomando su propia orina con la misma delectación que si fuera el mejor champagne, las nauseabundas secreciones en que *rebozan* caramelos y confituras, los animales a quienes martirizan abriéndoles el pecho en vida como a los pobres palomos que luego se colocan en la cabeza cual *capotas* vivientes, y que agonizando toman en sus entrañas el mal que se desprende de la sesera enfermiza, los lagartos echados en las brasas, los murciélagos quemados, las oraciones ante un espejo a la luz de la luna, llevando en cada mano una vela verde y haciendo cruces con la lengua sobre la sepultura de un agarrotado al filo de la media noche, las cosas que se cuelgan al cuello, las que llevan en los bolsillos, las que colocan debajo de la almohada, y las que esconden entre los colchones, cuyos actos, palabras y amuletos, son tantos que el pretender enumerarlos sería delirio de megalómano.